

⊙ Tal vez la pregunta más difícil de su vida, cuando aprenda a hablar y a lo largo de los años, será *¿de dónde eres?*, aunque no sea seguro en qué idioma podrá contestar. Tal vez su respuesta ya no estará ni en español ni en inglés ni en kekchi ni en chuj. Nacida en algún lugar donde el nombre del padre es una frivolidad o una convención incomprendible, quizá su madre nunca quiera contarle ni cómo ni dónde fue concebida, pues quizá ni siquiera ella lo sepa. Sin tierra y sin padre, acostumbrada desde sus memorias más remotas a la combinación del sarape tradicional con el paliacate de la Coca-Cola, acostumbrada al cambio, a nunca pasar muchos días en el mismo lugar ni con la misma gente, a vivir entre muchas lenguas, a no saber cómo debe vivirse, porque habrá visto tantas maneras distintas, a la intemperie: afuera de patrias, culturas, familias, sistemas políticos y derechos constitucionales. Quizás esta niña es uno de los rostros de la libertad.

Es un rostro del horror. En la ruta de los migrantes centroamericanos las mujeres pagan con su cuerpo. Sin papeles, muchas veces el cuerpo les sirve para sobornar a quienes controlan la frontera. Hay mujeres que pagan ese cruce para ellas y para varios hom-

## Mirador

# ¿Un rostro de la libertad?

**ADRIANA GONZÁLEZ MATEOS**

bres que las acompañan y durante el viaje se aprovechan de su trabajo y de su paciencia. Algunas quedan en los matorrales, víctimas de asaltantes. Muchas no pasan del Soconusco, donde bares y prostíbulos abusan de su condición de indocumentadas.

En los códices prehispánicos las migraciones eran consignadas con una hilera de pies diminutos y negros. En nuestros días, miles y miles de pies trazan las rutas hacia el norte inagotable, la tierra de abundancia y lujo que los migrantes siguen anhelando, aunque las figuras de sus pies bien podrían pintarse del color de la sangre.

(Eva, una hondureña de 25 años, perdió los dos pies al tratar de subirse a un tren en movimiento. Un muchacho que trató de subirse al mismo tiempo que ella quedó muerto sobre las vías.)

Para mantener a los hijos, para darles algo mejor. Para que no sufran las mismas cosas. Para que puedan ver, como esta niña, una realidad marcada con el logotipo de una transnacional. Para darse el gusto de averiguar lo que es un salario que alcance. Porque las migrantes no miran atrás y sus hijas sólo habitan el futuro. Sea lo que sea lo que aguarda más adelante, las migrantes saben que no podrá ser más ingrato que los países devastados que quedan atrás. ~



Carlos F. Rossini, *Bajo el Tacaná*, 2007.